

dia, tanto en las colonias como en cualquiera otra parte, entre la clase que se limita á consumir y la que está destinada á producir.

Respecto á lo demas, por imperfecto y sensible que aun sea el estado actual de las cosas, no perdamos las esperanzas de una mejora infalible. El pronóstico de Filangieri se cumplirá, la abolicion de ese tráfico, aun cuando todayá no existe mas que en teoría, es una brillante demostracion del supremo poder de la verdad. « Menos de cuarenta años se han » pasado, dice el duque de Broglie, » desde que un eclesiástico jóven, desconocido, sin amigos ni bienes, denunció, el primero, el comercio de los » negros, en una disertacion latina dirigida á la universidad de Cambridge. » Siete años despues, todos los sabios » de Europa estaban ligados en esta » causa, y ya hay quince años que ha » triunfado en ambos mundos. »

## CAPITULO III.

## De la poblacion.

« Voy á exponer rápidamente todos los medios que los antiguos legisladores, y especialmente las de Grecia y Roma, han imaginado para la multiplicacion de la especie humana. »

Lib. II, cap. I, p. 203.

Las ideas de Filangieri sobre poblacion deben parecer en el dia muy comunes, y aun lo eran en su tiempo. Considerando la cuestion el marques de Mirabeau, bajo el mismo aspecto que el autor napolitano, se eleva infinito sobre él, con la oportunidad de sus expresiones y la agudeza de los conceptos, y M. de Montesquieu, aunque como otros muchos, se engañe sobre esta materia, dice sin embargo mas en el particular, en

una de sus frases, que Filangieri en sus ocho capítulos.

Mas las ideas que presenta no solamente pueden acusarse de triviales y usadas, sino aun de ser las unas falsas y las otras problemáticas.

A dos se reducen en último análisis.

Filangieri cree: 1°. que el ejemplo de los antiguos, en sus leyes sobre la población, puede ser útil á las naciones modernas; y 2°. que siempre es un bien el aumento de aquella.

La primera de estas ideas es inminentemente peligrosa, tanto en la parte gubernativa, como respecto de la política, de la religion y de todas las cosas en general.

Yo he intentado probar en mi *Ensayo sobre el espíritu de conquista*, que en la antigüedad, el estado del género humano era de tal modo diferente de lo que es en nuestros dias, que nada de lo

que es aplicable á uno de estos estados es admisible en el otro.

Para no separarme de mi asunto ojearé rápidamente las citas de Filangieri.

Dejo á un lado á los hebreos, nacion á parte y cuya poblacion es mas bien un artículo de fe que un dato estadístico.

En cuanto á los Persas, nada sabemos de positivo sobre la poblacion de ese vasto imperio. Es verosimil, que para realzar, los historiadores griegos, las victorias de sus conciudadanos, hayan exagerado el número de los soldados que acaudillaban Jerges y Dario; pero aun concediendo á la narracion de aquellos historiadores una confianza mas que razonable, todavía es expuesto calcular el número de los habitantes de la Persia por el de sus combatientes.

La invasion de la Grecia no fue en manera alguna efecto de una poblacion superabundante como la del imperio romano por los pueblos del Norte. Fue

obra de un déspota irritado que derramó en el país que quería devastar, sus esclavos y tribus errantes, sin proporcion, regla ni medida; y lo que prueba que aquella invasion no fue efecto de una necesidad, ni de una inclinacion natural es que hicieron justicia á aquella empresa dos victorias en épocas muy inmediatas, de tal modo que nada semejante se repitió en lo sucesivo. Corregidos los reyes de Persia esperaron á que Alejandro viniese á atacarlos y destruirlos.

Si reflexionamos que el imperio de los Persas se componia en gran parte de terrenos de pasto, en donde vivian con sus ganados unas tribus vagamundas, convendremos en que aquel imperio debia estar mucho menos poblado que si sus habitantes se hubiesen dedicado exclusivamente á la agricultura y á la industria. Citar como ejemplo, en un capítulo sobre poblacion, á un pueblo cuya mitad se empleaba en la vida pas-

total ó en el pillage es, en verdad, una miserable idea.

En nada mudan la naturaleza de las cosas todos los preceptos religiosos; y los dogmas de Sadder que pondera Filangieri, no podian hacer ni que unos pastores y salteadores hallasen medios suficientes para fomentar la poblacion, ni que esta se aumentase mas allá de los medios de subsistencia.

Mas se ve que solo una idea habia llamado la atencion del publicista italiano. Habia leido en los extractos del *Zendavesta* varias exortaciones á la multiplicacion de la especie, y sin examinar sus verdaderos efectos, se admiró del medio en sí mismo.

Esto mismo fue un grande error; pues aun suponiendo que en la Bactriana, en donde probablemente se compitó el *Zendavesta*, hubiesen producido las exortaciones el resultado que intentaba el legislador; trasferir este medio de accion

á nuestros tiempos modernos, industriosos é ilustrados, seria una tentativa químerica.

Estoy muy lejos de pensar que los progresos de las luces priven á la religion de toda especie de influjo; mas este no es ya tan directo que pudiera llamársele legislativo. La religion suaviza las costumbres, eleva el alma, dando al conjunto de la vida humana una tendencia mas pura y moral; pero no podria entrar en lucha contra el poder del interes ni la evidencia del cálculo. Por mas que el Evangelio recomendase el matrimonio con tanta ó mas instancia que el *Zendavesta* no por eso se haria un casamiento mas en un pueblo que hubiese llegado al estado de refinacion en que nos hallamos; y la razon es muy sencilla.

Si el pobre desprecia este peligro y propaga sin medida, es por que quiere satisfacer á cualquier precio una incli-

nacion irresistible é imperiosa que lo ciega y arrastra. Un precepto religioso que trasformase el deleite en deber y casi en penitencia, produciria mas bien el efecto opuesto; por que dejando este precepto á la sociedad, tal cual es, podria en otros términos traducirse así: multiplicad vuestros hijos cuanto os sea posible para que la hambre y las enfermedades que no podreis ni satisfacerles ni curarles os arrebaten la mayor parte de ellos en su tierna edad; y para que los otros luchando contra las privaciones y desnudez y cediendo, en fin, á la tentacion del crimen, giman en las cárceles y mueran en el cadalso.

Cuando pasa Filangieri de la Persia á las repúblicas de la Grecia y Roma, dirige sus pasos por un terreno mas sólido: halla unas instituciones fijas, leyes, penas y recompensas establecidas; las enumera con placer, y las alaba con efusion de corazón; pero estas enumeraciones y

elogios tienen una conclusion muy particular, y es que, siempre que las circunstancias, los vicios de los gobiernos, la corrupcion de las costumbres privadas, en una palabra, cualesquiera clase de obstáculos se han opuesto á la poblacion, instituciones, leyes, esperanza de recompensas y al temor de las penas, todo ha sido inutil. ¿No hubiera debido deducir de esto que cuando no existen semejantes obstáculos viene á ser superflua la intervencion de las leyes? Abandonese el hombre asi mismo, al menos en lo que depende de una inclinacion natural que es difícil restringir y que seria imposible prescribir. La ausencia de las vejaciones, la division mas igual de las propiedades y por este medio el aumento de los recursos de subsistencia; tal es el verdadero fomento de la poblacion, y no los discursos de un tirano añejo como Augusto que queria volver á poblar por su conveniencia, el imperio que habia

devastado para fundar su poder, y que declamaba con pomposas arengas contra la corrupcion, base de su reinado y sin la que ni hubiera podido establecerse ni prolongarse.

Digo todo esto en la hipótesis vulgar de que sea siempre deseable el mas alto grado de poblacion: muy en breve examinaré esta cuestion. Entretanto he creido deber refutar esa necia admiracion por unas leyes ineficaces aun en su mismo tiempo y que serian actualmente mucho mas intolerables; admiracion de que no es seguramente Filangieri el único culpable, puesto que los escritores mas ilustres del siglo diez y ocho, le habian dado á porfía el ejemplo.